

un monstruo. Nuestros ojos son aún más charlatanes que nuestra lengua. Como es natural, después de haber gozado del delicioso placer de encontrar á Felipe tan grande como yo lo deseaba, le quise más. Entonces le hice una señal convenida, para decirle que fuese á mi ventana por el peligroso camino que conoces. Algunas horas después, lo encontré derecho como una estatua, pegado al muro, con la mano apoyada en el ángulo del balcón de mi ventana y estudiando los reflejos de la luz de mi habitación.

—Mi querido Felipe—le dije,—ha estado usted muy bien esta noche: se ha portado usted como lo hubiera hecho yo misma si me hubieran dicho que usted se casaba.

—He pensado que, de ser cierto, me lo comunicaría usted á mí antes que á nadie—me respondió.

—Y ¿cuál es su derecho á ese privilegio?

—El de un servidor adicto.

—¿Lo es usted de veras?

—Sí—dijo,—y no cambiaré nunca.

—Pues bien, si ese casamiento fuese necesario, si yo me resignase...

El dulce resplandor de la luna pareció aumentar con las dos miradas que lanzó, primero á mí, y después á la especie de abismo que formaba el muro. Pareció preguntarse si podíamos morir juntos aplastados; pero, después de haber brillado como un rayo en su rostro y en sus ojos, este sentimiento quedó comprimido por una fuerza superior á su pasión.

—El árabe solo tiene una palabra—dijo con voz ahogada.—Soy su servidor de usted y le pertenezco: viviré toda mi vida para usted.

La mano con que se agarraba al balcón me pareció que se aflojaba y coloqué la mía sobre ella, diciéndole:

—Felipe, amigo mío, desde este momento, y por mi sola voluntad, soy su mujer. Vaya usted mañana á pedirme á mi padre. Éste quiere conservar mi fortuna; pero comprométase usted á reconocermela en el contrato sin haberla recibido, y sin duda alguna será usted aceptado. Ya no soy Armada de Chaulieu; baje usted inmediatamente, porque Luisa de Macumer no quiere cometer la menor imprudencia.

Palideció, sus piernas se doblaron y se tiró á tierra de unos diez pies de altura sin hacerse el menor daño; pero, después de haberme causado la más horrible emoción, me saludó con la mano y desapareció.

—¿De modo que soy amada como no lo fué nunca mujer alguna?—me dije.

Y me dormí con una satisfacción infantil; mi suerte estaba fijada para siempre. A eso de las dos, mi padre me llamó á su despacho, donde encontré á la duquesa y á Macumer. Se cambiaron las palabras de ordenanza con mucha gracia. Yo respondí sencillamente que, si el señor Henarez se había entendido con mi padre, nada podía oponer á sus deseos. Acto continuo, mi madre invitó al barón á comer, y después de la comida fuimos á pasear los cuatro al bosque de Boloña. Cuando el señor de Marsay pasó á caballo y vió á Macumer y á mi padre en la delantera de la calesa, le miré burlescamente.

Mi adorado Felipe ha mandado rehacer de este modo sus tarjetas:

HENAREZ

DE LOS DUQUES DE SORIA, BARÓN DE MACUMER

Todas las mañanas, me trae él mismo un ramillete magnífico, en medio del cual encuentro siempre una tarjeta que contiene un soneto español en alabanza mía, hecho por él durante la noche.

Para no aumentar este paquete, te envío como muestra el primero y el último de sus sonetos, que yo he traducido literalmente, y te los transmito verso por verso.

#### PRIMER SONETO (1)

Más de una vez, cubierto con ligero traje de seda,—apuntando con la espada, sin que mi corazón se alterase en lo más mínimo,—esperé el asalto del embravecido toro,—y su cuerno más agudo que el cuerno de Diana.

Tarareando una seguidilla andaluza,—he tomado un reducto bajo una lluvia de fuego—y cien veces me jugué la vida—sin importarme por ella ni un camino.

Hubiera cogido con la mano las balas de la boca de un cañón,—pero creo que me convierto en un ser más tímido que una liebre perseguida,—que un niño que ve un espectro en los pliegues de la cortina de su ventana.

Porque, cuando me miras con tus lindos ojos,—un sudor helado cubre mi frente, mis rodillas se doblan,—tiemblo, reculo y me falta el valor.

(1) Téngase en cuenta que estos pseudo sonetos no están en verso en el original francés, siendo esta la razón de que figuren aquí en igual forma.—(N. del T.)



## SEGUNDO SONETO

Esta noche quería dormir para soñar contigo,—pero el sueño, celoso, huye de mis párpados,—me aproximé al balcón y miré al cielo,—cuando pienso en ti mis ojos se tornan siempre á lo alto.

Fenómeno extraño que sólo el amor puede explicar,—el firmamento había perdido su color de céfiro;—las estrellas, diamantes extinguidos en su muntura de oro,—no lanzaban más que miradas muertas, rayos pálidos.

La luna, con su pálido disfraz de plata y lirio,—rodaba tristemente por el horizonte—porque tú has eclipsado al cielo todos sus esplendores.

La blancura de la luna luce en tu encantadora frente, el azul del cielo se ha concentrado en tus pupilas,—y tus pestañas están formadas por los rayos de estrellas.

¿Se le puede probar con más gracia á una joven que no se piensa más que en ella? ¿Qué dices de este amor que se manifiesta prodigando las flores de la inteligencia y las de la tierra? Hace ya una docena de días que conozco lo que es aquella galantería española tan famosa antaño.

Pero ¿qué pasa en la Crampade, donde me paseo con tanta frecuencia examinando los progresos de nuestra agricultura? ¿No tienes nada que decirme de nuestras moreras y de las plantaciones hechas el año pasado? ¿Sale todo á medida de tus deseos? ¿Se han abierto las flores de tu corazón de esposa al mismo tiempo que las de nuestros jardines? ¿Continúa Luis su sistema de madrigales? ¿Os entendéis bien? ¿Vale más el dulce murmullo de tu ternura conyugal que la turbulencia de los torrentes de mi amor? ¿Está acaso enfadado mi lindo doctor con faldas? No puedo creerlo; y, si así fuese, enviaría á Felipe como correo para que se pusiese á tus pies y me trajese tu cabeza ó tu perdón. Querida mía, hago una vida magnífica y quisiera saber cómo va la de Provenza. Acabamos de aumentar nuestra familia con un español colorado como un cigarrero de la Habana y espero aún tu enhorabuena.

A decir verdad, hermosa Renato mía, estoy inquieta, y temo que no estés devorando sola algún sufrimiento para no entristecer mis alegrías, ¡mala! ¡más que mala! Escribe en seguida algunas páginas pintándome tu vida detalladamente, y dime si sigues resistiendo, si tu libre albedrío sigue en pie, de rodillas ó sentado, lo cual sería grave. ¿Crees que no me preocupan los acontecimientos de tu matrimonio? Todo lo que me has escrito me pone en ocasiones pensativa. Muchas veces, cuando

en la Opera contemplaba á las bailarinas haciendo piruetas, me decía:

—Son las nueve y media y acaso á esta hora se esté acostando. ¿Qué hace? ¿es feliz? ¿Sigue sola con su libre albedrío? ¿ó está ya su libre albedrío en el sitio adonde van á parar todos los libres albedríos de los que nunca más se vuelve á hacer caso?...

Mil cariños.

## XXV

## Renato de la Estorade á Luisa de Chaulieu

Octubre.

¡Impertinente! ¿para qué había de escribirte? ¿qué iba á decirte? Mientras que tú llevas esa vida animada por las fiestas, por las angustias de amor, por sus rabietas y sus alegrías que tú me describes, yo hago una vida monótona y metódica como la de un convento. A las nueve nos acostamos, y nos levantamos al amanecer. Nuestras comidas se sirven con una regularidad desesperante. Ni el más ligero accidente turba esta existencia. Sin gran trabajo, me he acostumbrado á esta división del tiempo. Esto es sin duda natural, porque ¿qué sería la vida sin esa sujeción á reglas fijas que, según dicen los astrónomos y Luis, rigen los mundos? El orden no cansa. Por otra parte, me he impuesto obligaciones de tocado que me llevan el tiempo que media entre la hora de levantarme y el almuerzo: obedeciendo á mis deberes de mujer, procuro aparecer encantadora, experimentando con ello un gran contento y causando alguna alegría al buen anciano y á Luis. Después del almuerzo, damos un paseo. Cuando llegan los periódicos, desaparezco para cumplir con mis deberes de dueña de la casa ó para leer, porque leo mucho, ó bien para escribirte. Vuelvo una hora antes de la comida, y después se juega á algo, recibimos visitas ó las hacemos. Paso de este modo mis días entre un anciano feliz y sin deseos, y un hombre cuya dicha soy. Luis está tan contento, que su alegría acabó por animar mi alma. La dicha, para nosotros, no debe ser el placer. Algunas veces, por la noche, cuando no soy útil para formar la partida, y perma-



nezo hundida en mi poltrona, mi pensamiento es bastante poderoso para hacerme penetrar en ti: me asocio entonces á tu hermosa vida, tan fecunda, tan variada, tan violentamente agitada, y me pregunto adonde te llevarán esos turbulentos prefacios; ¿no perjudicarán al libro? Tú, querida nena, puedes tener las ilusiones del amor, pero á mí no me quedan más que las realidades del hogar. Sí, tus amores parecen un sueño; así es que me cuesta trabajo comprender por qué los haces tan novelescos. Tú quieres un hombre que tenga más alma que sentidos, más grandeza y virtud que amor; tú quieres que los sueños de las jóvenes á la entrada de la vida tomen cuerpo, exiges sacrificios para recompensarlos, y sometes á tu Felipe á pruebas para saber si el deseo, la esperanza y la curiosidad serán verdaderos. Pero, hija mía, detrás de tus decoraciones fantásticas, se levanta un altar ó se prepara un prefacio eterno. Al día siguiente del casamiento, el terrible hecho que cambia á la doncella en mujer y el amante en marido, puede derribar los elegantes andamiajes de tus sutiles precauciones. No olvides, pues, que dos enamorados, lo mismo que dos personas casadas como lo fuimos Luis y yo, van á buscar bajo los goces de una boda los riesgos de un *gran azar*, como dice Rabelais.

Aunque sea un tanto ligero eso de hablar con don Felipe en el fondo del jardín, interrogarle, pasar una noche en tu balcón y él en el muro, no te lo critico; pero sabe, nena mía, que juegas con la vida, y temo mucho que ésta juegue contigo. No me atrevo á aconsejarte lo que la experiencia me sugiere para tu dicha; pero me atrevo á repetirte aún, desde el fondo de mi valle, que el viático del matrimonio está en estas dos palabras: ¡resignación y sacrificio! A pesar de tus pruebas, á pesar de tus coqueterías y de tus observaciones, veo que te casarás enteramente lo mismo que yo. Dando oídos al deseo, se hace un poco más profundo el precipicio, y eso es todo.

¡Oh! deseo tanto tu dicha, que quisiera poder ver al barón de Macumer y hablarle durante algunas horas.

## XXVI

Luisa de Macumer á Renato de la Estorade

Marzo, 1825.

Como Felipe realiza con una generosidad de sarraceno los planes de mi padre y de mi madre, reconociéndome una fortuna sin haberla recibido, la duquesa está aun mucho más amable conmigo de lo que estaba. Me llama *pícaruela*, *cuca*, y dice que soy muy *aguda*.

—Pero, querida mamá—le dije la víspera del día en que iba á firmarse el contrato,—atribuye usted á la política, á la astucia y á la habilidad lo que es solamente efecto de un amor verdadero, sencillo, desinteresado, del amor más grande que puede haber existido nunca. Sepa usted, pues, que no soy tan *aguda* como usted me hace el honor de creerme.

—Vamos, Armanda—me dijo cogiéndome por el cuello y besándome en la frente.—No has querido volver al convento, no has querido permanecer soltera, y, como grande y hermosa Chaulieu que eres, sentiste la necesidad de elevar la casa de tu padre... (¡Si supieses, Renato, cuánta adulación encierran estas palabras para el duque, que nos escuchaba!) Te he visto durante todo el invierno metiendo tu hociquito en todos los rincones, juzgando muy bien á los hombres y adivinando el mundo actual de Francia, y lograste conquistar al único español capaz de proporcionarte la hermosa vida de una mujer dueña de sí misma. Queridita mía, le has tratado como Tulia trata á tu hermano.

—Vaya una escuela que es el convento de mi hermana—exclamó mi padre.

Dirigíle una mirada que le cortó la palabra, y, volviéndome hacia la duquesa, le dije:

—Señora, amo con toda la fuerza de mi alma á mi pretendiente Felipe de Soria. Aunque ese amor haya sido involuntario y combatido cuando empezó á nacer en mi corazón, juro á usted que no me entregué á él hasta el momento en que reconocí en el barón de Macumer un alma digna de la mía y un



corazón cuyas delicadezas, generosidades, carácter, sacrificios y sentimientos estaban conformes con los míos.

—Pero, querida mía—repuso interrumpiéndome—si es feo como...

—Será todo lo feo que usted quiera—me apresuré á decirle, —pero me gusta esa fealdad.

—Mira, Armanda—me dijo mi padre,—si le amas y has tenido fuerza para hacer valer tu amor, no debes arriesgar tu dicha. Ahora bien, ésta depende de los primeros días del matrimonio.

—Y ¿por qué no decirle de las primeras noches?—exclamó mi madre.—Déjenos usted solas, caballero—añadió la duquesa mirando á mi padre.—Hijita mía, te casas dentro de tres días —me dijo mi madre al oído—y, por lo tanto, debo hacerte ahora, sin lloriqueos plebeyos, las recomendaciones serias que todas las madres hacen á sus hijas. Te casas con un hombre á quien amas; así es que no tengo que compadecerte ni compadecerme á mí misma. Sólo hace un año que estás á mi lado, y si esto no fuese bastante para amarte, no lo será tampoco para que yo me funda en lágrimas echando de menos tu compañía. Tu talento excede á tu belleza; has halagado mi amor propio de madre y te has portado como hija buena y cariñosa. De modo que siempre encontrarás en mí una excelente madre. ¿Te sonríes? ¡Ay de mí! muchas veces, allí donde la madre y la hija vivieron en buena armonía, las dos mujeres se pelean. Quiero tu felicidad: escúchame, pues. El amor que tú sientes es un amor de joven, el amor natural de todas las mujeres que han nacido para unirse á un hombre. Pero, hijita mía, sólo hay un hombre en el mundo para nosotras ¡uno sólo! y no siempre escogemos por marido, á pesar de que le amamos, aquel á quien estamos llamadas á querer. Por extrañas que te parezcan mis palabras, no dejes de meditar acerca de ellas. Si no amamos al que hemos escogido, la falta depende de él y de nosotras, y á veces de ciertas circunstancias en las que ni uno ni otro influyeron para nada; y no obstante, nada se opone á que sea el hombre amado el hombre á quien nuestro corazón se dirige, aquel que nos señala nuestra familia. La barrera que más tarde se encuentra entre nosotras y él se eleva á veces por una falta de perseverancia que proviene de nosotras y de nuestro marido. Hacer del marido un amante es obra tan delicada como la de hacer de un amante un marido, y tú acabas de hacer esto último á las mil maravillas. No

olvides, repito, que deseo tu dicha. Piensa, pues, desde ahora en que puedes llegar á ser desgraciada á los tres meses de matrimonio si, por tu parte, no te sometieses al matrimonio con la obediencia, la ternura y el talento que desplegaste en tus amores, durante los cuales te entregaste á todas las inocentes dichas de un amor clandestino. Si el amor conyugal empezase para ti con desencantos, disgustos y hasta dolores, ven á verme. Ante todo, no esperes demasiado del matrimonio, el cual te ha de dar más disgustos que alegrías. Tu felicidad exige tanta cultura como la que exigió tu amor. Si por casualidad perdiesses al amante, encontrarías en cambio al padre de tus hijos. En esto, hija querida, estriba toda la vida social. Sacrificaselo todo al hombre cuyo nombre es el tuyo, y cuyo honor y consideración no pueden recibir el menor ataque que no te haga á ti horrible brecha. Sacrificárselo todo al marido no es solamente un deber absoluto para las mujeres de nuestro rango, sino que es además un hábil cálculo. El atributo más hermoso de los grandes principios de moral, es que sean verdaderos y provechosos, por cualquier parte que se les estudie. Con esto creo que basta para ti. Ahora vamos á otra cosa: te creo inclinada á los celos; yo también soy celosa, hija mía... pero no quisiera que tú lo fueras de un modo tonto. Escúchame. Los celos que se muestran se parecen al jugador que jugara á cartas vistas. Decirse celosa, dejarlo ver, ¿no equivale á enseñar su juego sin conocer, en cambio, el del contrario? En todo y por todo debemos saber sufrir en silencio. Por otra parte, no me contento con hacerte sólo estas advertencias, pues, respecto á ti, he de tener con Macumer una seria entrevista la víspera de vuestro casamiento.

Cogí la hermosa mano de mi madre y se la besé, depositando en ella una lágrima que su acento había arrancado á mis ojos. Adiviné en esta elevada moral una profunda sabiduría, digna de ella y de mí, una ternura sin gatzmoñería social, y sobre todo, una verdadera estimación de mi carácter. Con estas sencillas palabras me resumió enseñanzas que su vida y su experiencia acaso le han vendido sin duda á caro precio. Ella también se emocionó y me dijo mirándome:

—Hijita querida, vas á dar un paso terrible, y la mayor parte de las mujeres ignorantes ó inadvertidas son capaces de imitar al conde de Westmoreland.

Nos echamos á reir. Para explicarte esta broma, debo decirte que en la mesa, la víspera, una princesa rusa nos había



contado que el conde de Westmoreland, como hubiese sufrido enormemente con el mareo durante el paso del canal de la Mancha, y como quisiese ir á Italia, dió la vuelta cuando le hablaron del paso de los Alpes, diciendo:

—¡Ya tengo bastantes pasos de esos!

Ya comprenderás, Renato, que tu sombría filosofía y la moral de mi madre tenían que bastar para despertar en mí los temores que nos agitaban en Blois. Cuanto más se aproximaba mi casamiento, más fuerza, voluntad y sentimientos iba acumulando para resistir el terrible paso del estado de doncella al de casada. Todas nuestras conversaciones me venían á la mente, repasaba tus cartas y descubría en ellas no sé qué oculta melancolía. Estas aprehensiones contribuyeron á hacer de mí la desposada vulgar que se ve en los grabados. Así es que la gente me encontró encantadora el día de la firma del contrato. Esta mañana, en la alcaldía, adonde fuimos sin ceremonia, no había más que los testigos. Escribo para ti este trozo de carta, mientras disponen mi traje para asistir á la comida. Nos casaremos en la iglesia de Sainte-Valère, esta noche á las doce, después de una brillante velada. Confieso que mis temores me dan un aire de víctima y un falso pudor que me valdrá una admiración que no comprendo. Estoy encantada de ver á mi pobre Felipe tan aturdido como yo; el mundo le molesta y anda como un murciélago cuando está en un salón muy iluminado.

—Gracias á que esto no durará más que un día—me dijo al oído sin malicia ninguna.

Está tan avergonzado y es tan tímido, que su gusto sería no ver á nadie. Al ir á firmar nuestro contrato, el embajador de Cerdeña me llamó aparte para ofrecerme un hermoso collar de perlas unidas por seis magníficos diamantes. Es el regalo de boda de mi cuñada la duquesa de Soria. Este collar va acompañado de un brazalete de zafiros en el cual se leen estas palabras: *Te amo sin conocerte!* Dos cartas encantadoras envolvían estos presentes, que yo no quise aceptar sin saber si Felipe me lo permitía.

—Porque—le dije—no quisiera ver que usted recibía alguno que no proviniese de mí.

Él me besó la mano enternecido y me respondió:

—Acéptelas usted, aunque sólo sea por la divisa, y porque encierran un cariño que es sincero...

*Sábado por la noche.*

He aquí, pues, mi pobre Renato, las últimas líneas de la soltera. Después de la misa de las doce de la noche, partiremos para una tierra que Felipe ha tenido la atención de comprar en Nivernais, punto situado en la carretera de Provenza. Me llamo ya Luisa de Macumer, pero dejaré París dentro de algunas horas como Luisa de Chaulieu; y, de cualquier manera que me llame, nunca seré para ti más que

LUISA.

## XXVII

La misma á la misma

*Octubre, 1285.*

Querida mía: Desde mi casamiento en la alcaldía, que tuvo lugar hace ya ocho meses, no he vuelto á escribirte. De ti no hay que decir nada, ¡ni una letra! Esto es horrible, señora mía.

Salimos, pues, en posta para el palacio de Chantepleurs, tierra comprada por Macumer en Nivernais, á orillas del Loira á sesenta leguas de París. Todos nuestros criados, menos mi camarera, estaban ya allí, nos esperaban, y llegamos con excesiva rapidez al día siguiente al anochecer. Dormí desde París hasta más allá de Montargis. La única libertad que se tomó mi señor y dueño fué sostenerme por el talle y apoyar mi cabeza en su hombro, sobre el cual había colocado varios pañuelos. Esta atención casi maternal, que le hizo vencer el sueño, me causó no sé qué profunda emoción. Dormida bajo el fuego de sus ojos negros, desperté bajo el influjo de su llama: el mismo ardor, el mismo amor; pero millares de pensamientos habían cruzado por mi mente. Él había besado dos veces mi frente.

Almorzamos en Briare, dentro de nuestro coche. Al día siguiente por la noche, á las siete y media, después de haber hablado con él como hablaba contigo en Blois, admirando este Loira que nosotras admirábamos, entramos en la hermosa



y larga avenida de tilos, de acacias y de sicomoros que conduce á Chantepleurs. A las ocho cenábamos; á las diez estábamos en un encantador cuarto gótico embellecido con todas las invenciones del lujo moderno. Mi Felipe, á quien todo el mundo encuentra feo, me pareció muy hermoso, hermoso de bondad, de gracia, de ternura, de exquisita delicadeza. De los deseos del amor, no veía en él la menor huella. Por el camino, se portó conmigo como un amigo á quien hubiese yo conocido hacía quince años. Me describió, como él solo sabe hacerlo, pues sigue siendo el mismo de su primera carta, los espantosos tormentos que ha soportado y que se adivinan al contemplar su rostro.

—Hasta ahora no veo nada espantoso en el matrimonio dije yendo hacia la ventana al ver la admirable luna que había, y al sentir los penetrantes olores que exhalaba un delicioso parque.

Él vino á mi lado, me volvió á coger por el talle y me dijo:

—Y ¿por qué ha de tener nada de espantoso? ¿Acaso he desmentido nunca con un gesto ó con una mirada alguna de mis promesas? ¿Las desmentiré nunca?

Jamás voz ni mirada alguna tendrán poder semejante: la voz hacía vibrar las más insignificantes fibras de mi cuerpo y despertaba todos mis sentimientos; la mirada tenía una fuerza solar.

—¡Oh!—le dije—¿cuánta perfidia morisca hay en su perpetua esclavitud!

Y acto continuo, querida mía, me comprendió.

Así es que, corcita mía, si he permanecido algunos meses sin escribirte, supongo que adivinarás la causa. Me veo obligada á repasar detenidamente los recuerdos de la soltera para poder explicarte los de la casada. Renato, hoy te comprendo. Ni á una amiga íntima, ni á su madre, ni acaso á sí misma, puede hablar una joven casada, dichosa de su feliz matrimonio. Debemos dejar ese recuerdo en nuestra alma como un sentimiento más que nos pertenece y que no tiene nombre. ¡Cómo! ¿se ha llamado deber á las graciosas locuras del corazón y á la irresistible atracción del deseo? y ¿por qué? ¿Qué horrible poder ha imaginado obligarnos á escudriñar las delicadezas del gusto, los mil pudores de la mujer, para convertir estas voluptuosidades en deber? ¿Cómo sería posible entregar estas flores del alma, estas rosas de la vida, estos poemas de la sensibilidad exaltada, á un ser á quien no se amase? ¡Dere-

chos á tales sensaciones! pero ¡si son imposibles! ¡si nacen y se dilatan al calor del amor, ó se destruyen bajo el hielo de la repugnancia ó de la aversión! Sólo al amor pertenecen tales prodigios. ¡Oh, mi sublime Renato! ahora te encuentro realmente grande, hincó la rodilla ante tí y me asombro de tu profundidad y perspicacia. Sí, la mujer que no hace, como yo, algún secreto enlace de amor oculto bajo las ceremonias legales y públicas, debe lanzarse á la maternidad como se lanza el alma al cielo cuando le falta la tierra. De todo lo que me has escrito se deduce un principio cruel: que sólo los hombres superiores saben amar. Hoy ya conozco el por qué. El hombre obedece á dos principios. Existe en él la necesidad y el sentimiento. Los seres inferiores y débiles toman la necesidad por el sentimiento, mientras que los hombres superiores cubren la necesidad con el admirable ropaje del sentimiento, el cual les comunica, con su violencia, una excesiva reserva, y les inspira la adoración de la mujer. Es evidente que la sensibilidad está en razón directa del poder de las organizaciones interiores, y el hombre de genio es el único que se adapta á nuestras delicadezas: entiende, adivina y comprende á la mujer, y la eleva con las alas de su deseo contenido por las timideces del sentimiento. Así es que cuando la inteligencia, el corazón y los sentidos, todos igualmente ebrios, nos arrastran, no es en la tierra donde uno cae, sino que se eleva á las esferas celestes, y, desgraciadamente, se permanece allí bastante tiempo. Tal es, querida mía, la filosofía de los tres primeros meses de mi matrimonio. Felipe es un ángel. Puedo pensar con él en voz alta. Sin figura alguna retórica, puedo decir que es *otro* yo misma. Su grandeza es inexplicable: se une más estrechamente á mí con la posesión, y descubre en la dicha nuevas razones de amar. Yo soy para él la más hermosa parte de él mismo. Lo veo: los años de matrimonio, lejos de alterar el objeto de sus delicias, aumentarán su confianza, desarrollarán nuevas sensibilidades y fortificarán nuestra unión. ¡Qué feliz delirio! Mi alma está hecha de tal modo, que los placeres dejan en mí larga huella, me animan y se impregnan de mi ser interior: el intervalo que los separa es como las noches cortas de los días grandes. El sol que ha dorado las cimas al ponerse, las encuentra casi tibias al levantarse. ¿Qué feliz casualidad le puso en mí cañino de este modo? Mi madre había despertado en mí mil temores; pero sus previsiones han sido negadas por los acontecimientos, y lo mismo tus temores, que los suyos,



que los míos, se han disipado. Hemos permanecido en Chantepleurs siete meses y medio como dos enamorados que hubiesen huído del castigo de sus irritados padres. Las rosas del placer han coronado nuestro amor y florecen nuestra vida común. Un día, reflexionando y recordando sobre mi pasado, pensé en mi Renato y en su casamiento de conveniencia, y adiviné tu vida, la penetré. ¡Oh, ángel mío! ¿por qué hablamos una lengua diferente? Tu casamiento, puramente social, y mi casamiento, producto de un amor feliz, son dos mundos que no pueden comprenderse, como lo finito no puede comprender á lo infinito. Tú permaneces en la tierra, y yo estoy en el cielo. Tú estás en la esfera humana, y yo en la divina. Yo reino por el amor, y tú por el cálculo y por el deber. Yo estoy tan alta que, si sufriese una caída, me desharía en mil pedazos. En fin, tengo que callarme, porque me avergonzaría pintándote el brillo, la riqueza y los radiantes goces de semejante primavera de amor.

Estamos en París hace diez días, en un encantador palacio de la calle del Bac, arreglado por el mismo arquitecto que, por encargo de Felipe, arregló el de Chantepleurs. Con el alma dilatada por los placeres que permite el matrimonio, acabo de oír la celestial música de Rossini, que ya había oído antes con el alma inquieta y atormentada, sin saberlo, por las curiosidades del amor. La mayor parte me han encontrado más hermosa, y yo quedo admirada como una niña al oír que me llaman *señora*.

*Viernes por la mañana.*

Renato, hermosa santa mía, mi dicha me arrastra sin cesar hacia ti. Comprendo que te quiero más de lo que te he querido nunca; ¡te soy tan adicta! He estudiado profundamente tu vida conyugal por el principio de la mía, y te veo tan grande, tan noble, tan virtuosísima, que me constituyo aquí en tu inferior, en tu sincera admiradora al par que tu amiga. Al ver lo que es mi matrimonio, comprendo que me hubiera muerto de pesar si hubiera sido de otro modo. Y ¿vives tú? Dime ¿gracias á qué sentimiento lo haces? Nunca te volveré á gastar más bromas. ¡Ay de mí! la broma, ángel mío, es hija de la ignorancia: se burla una siempre de lo que no conoce. «Allí donde los reclutas ríen, los soldados expertos permanecen graves».

me dijo un día el conde de Chaulieu, pobre capitán de artillería que no ha ido más que de París á Fontainebleau y de Fontainebleau á París. He adivinado, amada mía, que no me lo has dicho todo. Sí, me has ocultado algunas llagas. Tú sufres, lo presiento. A propósito de ti, me he forjado verdaderas novelas, queriendo descubrir á distancia, y por lo poco que me has dicho de ti misma, las razones de tu conducta. Probablemente no ha hecho más que gustar el matrimonio—me decía yo un día—y, todo lo que ha sido dicha para mí, ha sido sufrimiento para ella. Ella está por los sacrificios, y sin duda quiere limitar su número disfrazando sus pesares con los pomposos axiomas de la moral social. ¡Ah, Renato! lo que hay más admirable es que el placer no necesita religión, aparato, ni grandes palabras, mientras que los hombres han acumulado teorías y máximas para justificar las atroces combinaciones de nuestra esclavitud y de nuestro vasallaje. Si tus inmolaciones son hermosas y sublimes, ¿será acaso mi dicha, edificada al pie de los altares y ante el alcalde más hurafío del mundo, una monstruosidad? Por el honor de las leyes, por ti, pero sobre todo para hacer mis placeres completos, quisiera saber que eres feliz, Renato mía. ¡Oh! dime que sientes en el corazón un poco de amor por ese Luis que te adora. Dime que la antorcha simbólica y solemne del himeneo sólo ha servido para iluminarte en las tinieblas, porque el amor, ángel mío, es para la naturaleza moral lo que el sol para la tierra. Siempre vuelvo á lo mismo; á hablarte de este resplandor que me ilumina y que temo que llegue á consumirme. Querida Renato, tú que decías en tus éxtasis de amistad, en el interior del convento: «Te amo tanto, Luisa, que, si Dios se presentase, le pediría todas las penas para mí, y para ti todas las alegrías de la vida, porque, á decir verdad, siento pasión por el sufrimiento», bien mereces que hoy esté yo á la recíproca y pida fervorosamente á Dios que reparta entre las dos mis placeres.

Escucha: he adivinado que te has hecho ambiciosa bajo el nombre de Luis de la Estorade; pues bien, en las próximas elecciones, haz que se presente diputado, porque tendrá ya cerca de cuarenta años, y, como el congreso no se reunirá hasta seis meses después de las elecciones, tendrá ya la edad que se requiere para ser político. Tú vendrás á París, y no te digo más. Mi padre y los amigos que voy á adquirir os apreciarán, y, si tu anciano suegro quiere constituir un mayorazgo,



obtendremos el título de conde para Luis. Esto ya será algo, y de este modo estaremos juntas.

## XXVIII

## Renato de la Estorade á Luisa de Macumer

*Diciembre, 1825.*

Mi felicísima Luisa: Me has deslumbrado. Durante algunos instantes he contemplado tu carta, sobre la que brillaban algunas de mis lágrimas, con los brazos caídos, sola y sentada en un banco que he hecho poner al pie de la roca árida que ya conoces. En lontananza relucía el Mediterráneo, cual si fuese una hoja de acero. Algunos árboles odoríferos dan sombra á este banco, al lado del cual he hecho yo trasplantar un enorme jazmín, una madreSelva y una retama de España. Día llegará en que la roca quede completamente cubierta por plantas trepadoras. Hay allí ya plantada una parra salvaje; pero el invierno se echa encima y todo esto llega á perder su lozanía. Cuando estoy allí, nadie va á turbarme, porque saben que quiero permanecer sola. Este banco se llama el de Luisa. ¿No es esto decirte que, aunque estoy sola, no lo estoy?

Si te cuento estos detalles, tan insignificantes para ti, si te describo yo estas plantas que espero han de vestir un día á esta roca desnuda y tosca, en lo alto de la cual el azar de la vegetación ha hecho brotar un hermoso espino en forma de parasol, es porque he encontrado allí imágenes que me han cautivado.

Gozando de tu feliz matrimonio (¿por qué no he de confesártelo todo?), envidiándote con todas mis fuerzas, sentí el primer movimiento de mi hijo, el cual ha reaccionado, desde las profundidades de mi vida, las profundidades de mi alma. Esta sorda sensación, que es á la vez un aviso, un placer, un dolor, una promesa, una realidad; esta dicha que sólo á mí me pertenece en el mundo y que es un secreto entre Dios y yo; este misterio, me dijo que la roca llegaría á estar un día cubierta de flores, que las gozosas risas de una familia resonarían en ella, que mis entrañas estaban benditas y que darían vida á

borbotones. Comprendí que había nacido para ser madre. Así es que la primera certidumbre que tuve de que llevaba en mí otro ser, me ha proporcionado consoladoras satisfacciones. Una inmensa alegría coronó todos estos largos días de sacrificio, que fueron la dicha de Luis.

—¡Abnegación!—me dije á mí misma—¿no eres tú más que el amor? ¿No eres la voluptuosidad más profunda, toda vez que eres una voluptuosidad abstraída, una voluptuosidad reproductora? ¡Oh, abnegación! ¿no eres tú facultad superior al afecto? ¿no eres tú la misteriosa é infatigable divinidad escondida bajo innumerables esferas en un centro desconocido, por donde pasan uno á uno todos los mundos? La abnegación, única en su secreto, llena de placeres saboreados en silencio y sobre los cuales nadie lanza su mirada profunda, y cuya existencia nadie sospecha; la abnegación, diosa vencedora, celosa, fuerte, inagotable, porque depende de la naturaleza misma de las cosas y porque es siempre igual á sí misma; la abnegación, he ahí la divisa de mi vida.

El amor, Luisa, es un esfuerzo de Felipe sobre ti; pero el resplandor de mi vida sobre la familia ha de producir una incesante reacción de este pequeño mundo sobre mí. Tu hermosa y dorada cosecha es pasajera; pero la mía, por venir retrasada, ¿no ha de ser más duradera? Sí, se renovará á cada momento. El amor es el hurto más bonito que la sociedad supo hacer á la naturaleza; pero la maternidad ¿no es la naturaleza solazándose? Una sonrisa secó mis lágrimas. El amor hace feliz á mi Luis; pero el matrimonio me ha hecho madre, y también yo quiero ser dichosa. Entonces volví con paso lento á mi bastida blanca con ventanas verdes, para escribirte esto.

Sabe, pues, querida mía, que el hecho más natural y más sorprendente para nosotras tuvo lugar en mí hace ya cinco meses. Pero puedo decirte en voz baja que no ha turbado para nada ni mi corazón ni mi inteligencia. Los veo á todos felices: el futuro abuelo empieza ya á usurpar derechos para su nieto y se ha vuelto un niño; el padre toma aires graves é inquietos; todos cuidan de mí con esmero, y hablan de la dicha de ser madre. ¡Ay de mí! yo soy la única que no siento nada, y no me atrevo á decir el estado de sensibilidad perpetua en que me encuentro. Miento un poco para no turbar su alegría. Como contigo puedo ser franca, te confieso que en la crisis que atravieso, la maternidad sólo empieza para mí en



mi imaginación. Luis ha quedado tan sorprendido como yo al saber mi embarazo. ¿No es esto decirte que este niño ha venido por sí mismo sin haber sido llamado más que por los deseos impacientes de su padre? La casualidad, querida mía, es la diosa de la maternidad. Aunque, según nuestro médico, estas casualidades estén en armonía con el voto de la naturaleza, no me ha negado que los hijos que se denominan con tanta gracia hijos del amor tenían que ser hermosos é inteligentes, y que su vida se veía frecuentemente como protegida por la felicidad que había iluminado su concepción. Es fácil, pues, Luisa mía, que tengas tú en tu maternidad alegrías que yo debo ignorar en la mía. Acaso se ame más al hijo de un hombre adorado, como tú adoras á Felipe, que al de un marido á quien se ha entregado una por cálculo, por deber y por curiosidad. Estos pensamientos, guardados en el fondo de mi corazón, añaden á mi gravedad de madre una esperanza. Pero como no hay familia sin hijo, mi deseo sería apresurar el momento en que han de empezar para mí los placeres de la familia, que sin duda serán mi única existencia. En este momento, mi vida es una vida de espera y de misterios, en la que el sufrimiento más terrible va acostumbrando á la mujer á otros sufrimientos. Me observo. A pesar de los esfuerzos de Luis, cuyo amor me colma de cuidados, de caricias y de ternuras, siento vagas inquietudes que se mezclan con los disgustos, las turbaciones y los singulares caprichos del embarazo. Si he de decirte las cosas tal cual son, aunque te haga temer alguna aversión por el oficio, te confieso que no concibo el capricho que me ha entrado por ciertas naranjas, capricho extravagante y que yo encuentro natural. Mi marido va á buscar á Marsella, para mí, las naranjas más hermosas del mundo; las ha pedido de Malta, de Portugal, de Córcega; pero estas naranjas no me gustan, y voy á veces á Marsella á pie para devorar unas malísimas, casi podridas, que cuestan cinco céntimos, en una callejuela que baja al puerto, á dos pasos de la casa ayuntamiento; sus manchas azuladas ó verdosas brillan á mis ojos como diamantes; su olor desagradable y su mala presencia desaparecen para mí, y les encuentro un gusto delicioso. Estas son, ángel mío, las primeras sensaciones amorosas de mi vida. Estas horrosas naranjas son mis amores. Seguramente que no deseas tú tanto á Felipe como yo uno de esos frutos en descomposición. Salgo unas veces á pie, como á Marsella con paso rápido, y me dan estremecimientos ner-

viosos cuando me aproximo á aquella calle. Temo que la vendedora no tenga naranjas podridas, y, cuando las veo, me arrojo sobre ellas y las como, ó, mejor dicho, las devoro al aire libre. Me parece que estos frutos provienen del cielo y que son el alimento más sano. Me he acordado de aquella atroz frase de Obermann, sombría elegía que me arrepiento de haber leído: «*Las raíces se alimentan con agua fétida*». Desde que como estos frutos, ya no siento dolor en el corazón, mi salud se ha restablecido. Estas depravaciones tienen alguna razón de ser, toda vez que son un efecto natural, y que la mitad de las mujeres experimentan estos caprichos, monstruosos á veces. Cuando mi embarazo sea visible, ya no saldré de la Crampade, porque no me gustaría que me viesen de este modo.

Tengo una excesiva curiosidad por saber en qué momento de la vida empieza la maternidad. Acaso empiece en medio de los espantosos dolores que yo temo.

¡Adiós, dichosa mía! ¡adiós, tú que me haces renacer y que me haces figurarme esos hermosos amores, esos celos motivados por una mirada, esas palabras al oído y esos placeres que nos envuelven cual otra atmósfera, cual otra sangre, cual otra luz, cual otra vida. ¡Ah, nena mía! yo también comprendo el amor. No te canses de decírmelo todo. Cumplamos nuestros convenios. Yo no te esconderé nada. Así es que te diré, para acabar gravemente esta carta, que, al repasar la tuya, se apoderó de mí un invencible y profundo terror. Me pareció que ese espléndido amor desafiaba á Dios. La soberana dueña del mundo, la desgracia ¿no estará irritada por no haber podido tomar parte en vuestro festín? ¿Qué fortuna, por soberbia que fuese, no fué derribada por ella? ¡Ah! Luisa, en medio de tu felicidad, no te olvides de rogar á Dios. Haz el bien, sé caritativa y buena, y conjura las adversidades con modestia. Desde que estoy casada me he vuelto más piadosa de lo que era en el convento. No me dices nada de la religión en París. Adorando á Felipe, me parece que te diriges más al santo que á Dios, como dice el refrán. Pero mi terror dependé del exceso de amistad. Vais juntos á la iglesia y obráis el bien en secreto ¿no es verdad? Con este final de carta, acaso me encuentres demasiado provinciana; pero piensa que mis temores ocultan una excesiva amistad, la amistad como la entendía La Fontaine, la que se inquieta y se alarma por un sueño, por una idea en estado de nube. Mereces ser feliz porque piensas